

el Tlalócan; muchas figuras aparecen con las volutas del habla saliendo de sus bocas; quizá entonan un himno de gracias y alabanza al dador de tantos bienes.

Lo que no aclaran las fuentes es si la permanencia en el Tlalócan es eterna, o tenía un plazo, como en el caso de los que iban al paraíso del Sol; lo cierto es que «haber sido elegido» por Tláloc se considera una bendición.

Otro hecho destacable es que a estos «elegidos» de Tláloc:

... no los quemaban, sino enterraban los cuerpos de dichos enfermos, y les ponían semillas de bledos en las quijadas, sobre el rostro; y más, poníanles color de azul en la frente, con papeles cortados; y más, en el colodrillo poníanles otros papeles, y los vestían con papeles, y en la mano una vara. (Sahagún, apéndice I, libro III de la «Relación»...).

En la poesía no hay referencias al Tlalócan, quizá porque el género de muerte que lleve a él no es el más apreciado ni el más común para la clase de los príncipes poetas.

### 3. EL MICTLAN

Los que no habían sido elegidos por el Sol o por Tláloc, y

morían de enfermedad, ahora fuesen señores o príncipes, o gente baja (Sahagún),

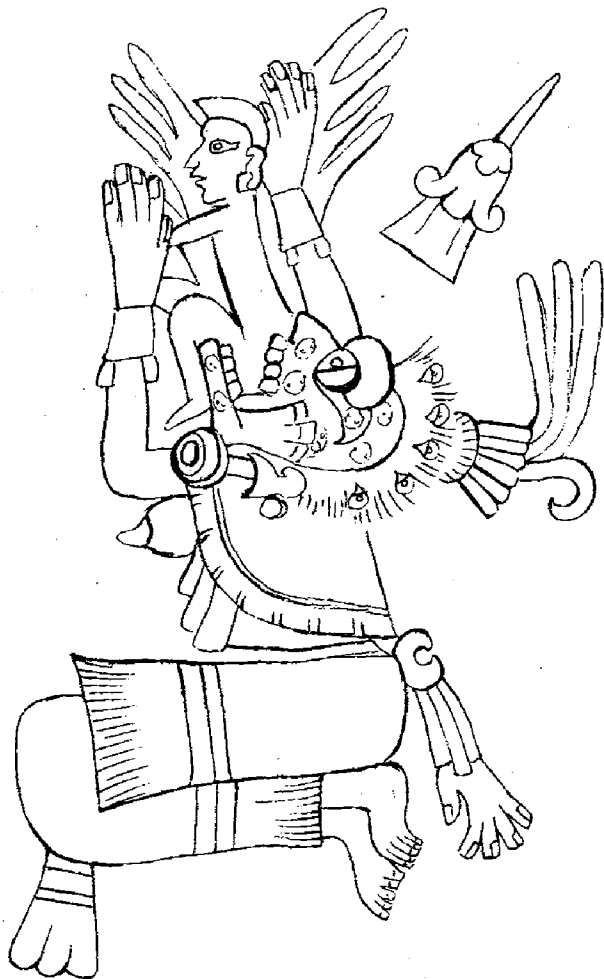
iban simplemente al infierno, donde reinaban Mictlantecuhtli y Mictecacihuatl, «El Señor y la Señora del Reino de los Muertos».

En realidad, estos dioses reinaban sobre el Chicnauhmiectlan, el noveno y más profundo de los infiernos; en los ocho restantes reinaban otras parejas, siempre dios y diosa, de los cuales no se han conservado todos los nombres.

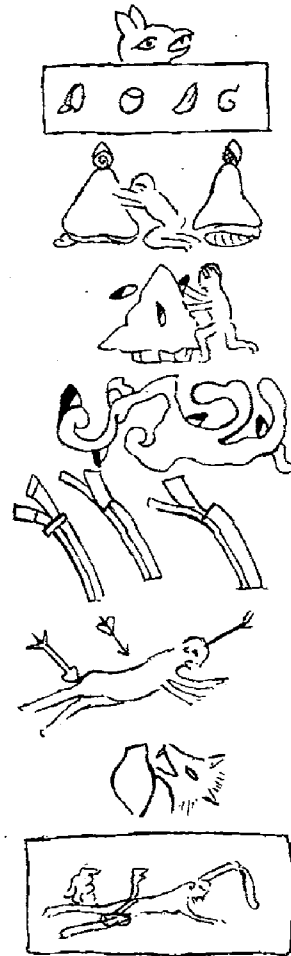
El alma que va al Mictlan debe realizar un largo viaje y padecer una serie de pruebas mágicas: la primera es atravesar un caudaloso río, el Chignahuapan; precisamente para facilitar el cruce del río se enterraba junto con el difunto un perro de color leonado, o al menos una figulina representándolo. El alma debe pasar después entre dos montañas que se juntan, luego por una montaña de obsidiana, después por donde corre un viento helado y cortante como navajas de obsidiana, por donde flotan las banderas, por un lugar en que flochan, entre fieras que devoran corazones y por último entre estrechos lugares entre piedras.

Recién descansa al llegar al Chicnauhmicltan, donde, según Sahagún, «se acababan y perecían los difuntos».

Todas estas pruebas duraban cuatro años, durante los cuales, se realizaban una serie de ceremonias fúnebres; veamos en qué consis-



Mictecacihuatl (Féjervary-Mayer, 28)



Los nueve «Infiernos»  
(Vaticano A)

tían esas ceremonias: estando el difunto aún en su cama, llegaban los parientes y amigos a despedirse de él y a consolar a los deudos.

Y luego los viejos y ancianos oficiales de tajar papeles, cortaban y aderezaban y ataban los papeles de su oficio, para el difunto, y después de haber hecho y aparejado los papeles tomaban al difunto y encogíanle las piernas, y vestíanle con los papeles, y lo ataban...

(Sahagún, *op. cit.*)

Poníanle entre las mantas con que cubrían al difunto un jarrillo con agua, y toda una serie de papeles que le servirían de amuletos para

sortear las terribles pruebas que lo aguardaban; así, por ejemplo, colocaban un papel ante el difunto diciendo:

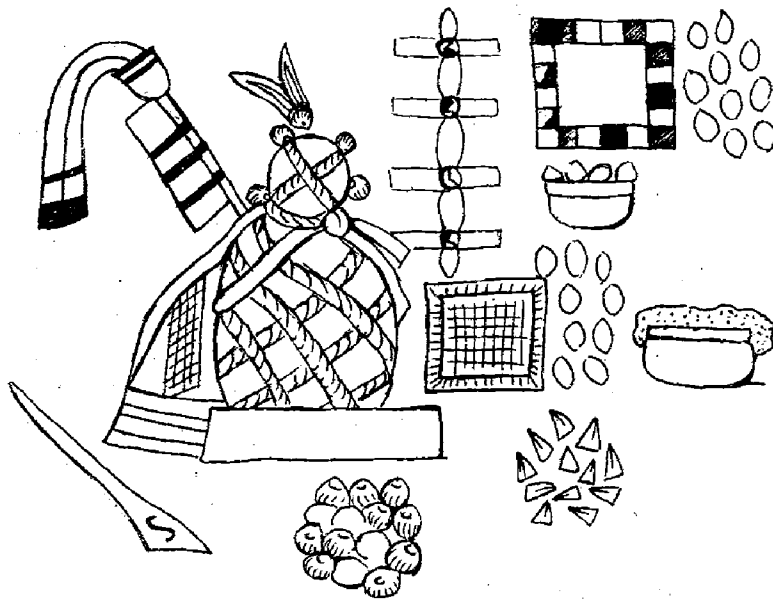
Véis aquí con qué habéis de pasar a donde está la lagartija verde  
ó véis aquí con qué habéis de pasar ocho páramos...

Luego, para que no sufriera el frío del «viento de navajas», quemaban todas sus petacas, armas y vestidos si era hombre, y todos sus vestidos y aún «las alhajas con que tejían e hilaban» si era mujer. Sigamos el relato de Sahagún:

Y más dicen que al tiempo que se morían los señores y nobles les metían en la boca una piedra verde que se dice chalchihuitl; y en la boca de la gente baja metían una piedra que no era tan preciosa, y de poco valor, que se dice texoxoctli, o piedra de navaja, porque dicen que la ponían por corazón del difunto.

Y para los señores que se morían hacían muchas y diversas cosas de aparejos de papeles, que eran un pendón de cuatro brazas de largura, hecho de papeles y compuesto de diversos plumajes; y así también mataban veinte esclavos y otras veinte esclavas, porque decían que como en este mundo habían servido a su amo, asimismo han de servir en el infierno; y el día que quemaban al señor, luego mataban a los esclavos y esclavas con saetas, metiéndoselas por la olla de la garganta, y no los quemaban juntamente con el señor, sino en otra parte los enterraban.

Claro está que sólo acompañaban al señor figuritas de cerámica: guerreros, músicos, aguadores y mujeres que formaron su séquito en vida.



El «bulto del muerto» (Magliabechi, 57)

Una vez preparado convenientemente el «bulto del muerto», protegido con toda la serie de amuletos, más los valiosos regalos (perfumes, hilados de algodón, adornos de plumas) con que obsequiará a Mictlantecuhtli, el «Señor de los Infiernos», se sacrificaba el perro del difunto y se incineraban conjuntamente:

Y esto hacían así en el enterramiento de los nobles como de la gente baja; y ponían los huesos dentro de un jarro en olla con una piedra verde que se llama chalchihuitl, y lo enterraban en una cámara en su casa, y cada día daban y ponían ofrendas en el lugar donde estaban enterrados los huesos del difunto.

(Sahagún, *op. cit.*)

Estas ofrendas se prolongaban hasta los cuatro años, en que concluían las pruebas del alma en el Mictlan, y los parientes se sentían desligados de sus obligaciones para con el difunto; se repite aquí el coro de los que iban a la «Casa del Sol», ya que pasados cuatros años su suerte es incierta, porque no está muy claro en qué consiste ese «acabarse» o «perecer» de los difuntos; en todo caso ambos son eternidades bastante breves.



Queda por tratar de establecer qué clase de vida se llevaba en el Mictlan o qué cualidades y características se le atribuían.

Para empezar, no es un lugar de castigo ni horrores, ni siquiera un mundo tenebroso, porque acota Sahagún:

Dijeron los antiguos que cuando comienza la noche, comenzaba a amanecer en el infierno, y entonces despertaban y se levantaban de dormir los muertos que están en el infierno.

En otro paraje dice:

... y aquel lugar es para todos, y es muy ancho...

Las diferentes denominaciones que los textos otorgan al Mictlan pueden ayudarnos a precisar su concepto; se le llama:

Ximoayan: «lugar de los descarnados».

Tocenchan, tocenpopolihuiyan: «nuestra casa común», «nuestra común región de perderse».

Atlecalocan: «el lugar sin salida ni calle».

Huilohuayan: «el sitio adonde todos van».

Quenamican: «donde están los que de algún modo viven».

Resumiendo, el Mictlan sería un lugar muy amplio, puesto que es el sitio adonde todos van, la casa común, y del cual nadie puede esca-

par, porque no tiene ni salida ni calle; allí los hombres están descarnados, o sea, están libres de sus cuerpos, y tienen un «cierto modo» de vida, que al parecer los nahuas no llegaron a precisar.

#### 4. EL CHICHIHUACUAUHCÓ

Chichihuacuauhco es una voz compuesta por chichihua (nodriza) cuahuitl (árbol) y la desinencia de lugar co, de modo que el conjunto significa «en el árbol nodriza»; iban allí las almas de los niños que morían sin haber alcanzado el uso de razón; en ese lugar eran alimentados por el «árbol nodriza», que manaba leche.

Estas referencias se encuentran en el Códice Vaticano A. 3738 y en el comentario adjunto del padre Ríos.

En el Códice Florentino aparece una versión semejante:

Se dice que los niñitos que mueren, como jades, turquesas, joyeles, no van a la espantosa y fría región de los muertos (al Mictlan). Van allá a la casa de Tonacatecuhtli; viven a la vera del «árbol de nuestra carne». Chupan las flores de nuestro sustento; viven junto al árbol de nuestra carne, junto a él están chupando.

Este texto ubica el Chichihuacuauhco en el cielo doble, morada de Ometecuhtli, donde también se engendran las almas de los hombres; esto ha hecho suponer a algunos estudiosos que los aztecas admitían una especie de reencarnación; así, dice Alfonso Caso:

En el cielo más alto, que era el cielo doble, vivían Ometecuhtli y Omecihuatl, los dioses creadores, y allí era donde estaban las almas de los niños que mueren antes de tener uso de razón, y donde se engendran las almas de los hombres, que son alimentados con un árbol que destila leche. Esperan a que se destruya la presente humanidad en el cataclismo final, para reencarnarse en la humanidad nueva.

Según Caso, entonces, esas almas se reencarnarían, pero en el próximo «sol» o nueva etapa de la humanidad; por otra parte la poesía repite constantemente:

*¡Sólo una vez venimos a la vida!*

o bien:

*No por segunda vez venimos a la tierra...*

de modo que pareciera que esa idea de una posible reencarnación no logró afianzarse en el pensamiento náhuatl; predominaba, por el contrario, la convicción de que esta vida es una experiencia única.

Es una pena que Fray Bernardino de Sahagún, siempre tan minucioso, no haya dejado datos sobre este interesantísimo Chichihua-cuahco.

### III. EL MUNDO DEL «MAS ALLA» EN LA POESIA

Expuesto así el conjunto de creencias nahuas respecto al posible destino después de la muerte, se presenta como un todo coherente, y aún satisfactorio si tuviera el soporte de una fe ardiente vivida; pero frente a todo esto, y en violento contraste, aparece un conjunto de poesías desgarradas, doloridas, expresión de tremendas dudas y de incertidumbre absoluta respecto al más allá; puede servir de magnífico ejemplo la poesía que Garibay titula «La tiránica ley de la muerte»:

*Yo, yo ahora digo:*

*—Sólo por breve tiempo, cual flor de la magnolia,  
hemos venido al mundo a abrir nuestra corola.*

*Hemos venido solamente a marchitarnos*

*¡Cese por un momento la amargura:*

*aún por un momento disipemos la pena!*

*¿Qué contaremos, oh amigos míos?*

*¿Con qué podemos tener deleite?*

*¡Nacen allá nuestros cantos*

*donde nació el atabal!*

*Sufro yo sobre la tierra*

*en donde ellos vivieron.*

*Se irá enlazando la amistad,*

*se irá enlazando la unión,*

*se ha de hacer el festín*

*al lado del atabal...*

*¿Pero habré de venir yo?*

*¿Habré de elevar un canto?*

*Yo, sólo yo estoy aquí y ellos están ausentes:*

*entre la niebla y el olvido habré de seguir durando.*

*Creamos al corazón: ¿Es nuestra casa la tierra?*

*¡Sólo en un lugar de angustia, sólo en un lugar de pena*

*viviendo estamos!*

*Yo no haré más que cantar, no haré más que preguntar:*

*¿Soy acaso como flor?*

*¿La sembraré una vez más?*

*¿Soy cual mata de maíz?*

*¿Habré de ser otra vez sembrado?*

*¿Mi padre, mi madre acaso, me habrán de engendrar*

*de nuevo?*

*Es la razón por que lloro:*

*Nadie queda con nosotros: nos han dejado huérfanos en la tierra.*

¿Dónde está el camino para buscar el reino de la muerte?  
 ¿Dónde el lugar en que habitan los que ya no tienen cuerpo?  
 ¿Es que sigue habiendo vida en el lugar del misterio?  
 ¿Es que aún tienen allá conciencia nuestros corazones?  
 ¡En un arca, en un estuche esconde y amortaja a los hombres  
 aquel por quien todo vive!  
 ¿Habré de verlos acaso? ¿Veré a mi padre y mi madre?  
 ¿Habrán de venir a darme su canto y su palabra?  
 Nadie queda con nosotros: ¡Nos han dejado huérfanos  
 en la tierra!

(«La Literatura de los aztecas», p. 68)



Uno de los interrogantes más dramáticos que se plantea en esta poesía, que bien pudiera calificarse de «quehacer metafísico», es si existe o no una vida después de la muerte, o si por el contrario todo termina aquí en la tierra:

#### POEMA 7

¡Oh Tú, dueño de cuanto nos rodea, oh Tú, el que está junto a todo!  
 Te damos homenaje; nada es desdichado junto a ti,  
 oh dador de la vida. Tú cual flores, nos estimas,  
 sólo nos marchitamos nosotros, tus amigos.  
 Tú los vas destrozando como las esmeraldas,  
 y también cual pinturas las vas borrando Tú:  
 Todos se van unidos al Reino de los Muertos,  
 allí, donde está el sitio de todos nos perdemos.  
 ¿En qué nos valoras, oh Dios?  
 Así vivimos y así también morimos.  
 ¿Adónde vamos a perdernos, nosotros, tus vasallos?  
 ¿Dónde iremos al fin?  
 Lloro, pues cuando sientes hastío, dador de la vida,  
 las esmeraldas se quiebran, las plumas finas se desgarran.  
 Tú te estás mofando: ¡nada somos, en nada nos estimas,  
 nos destruyes aquí!

(En «Historia de la Literatura Náhuatl», de Garibay)

Este poema es especial para constatar hasta qué punto existe un choque, una quiebra, entre lo que sería la fe tradicional y las dudas que va planteando una mente inquisidora; hay por lo menos un triple juego de ideas antagónicas:

a) El respeto y acatamiento al dador de vida:

*Te damos homenaje, nada es desdichado junto a ti...*